

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VII. — NÚM. 339

Madrid, 22 de Julio de 1926

PRECIO: 15 CÉNTS.



(Cuadro de Barrón.)

LAS ESPIGADORAS

*El sol abrasa y ciega
con sus potentes rayos nuestros ojos.
Pasáronse los tiempos de la siega,
y en el campo, erizado de rastros,
se yerguen, a lo lejos, relumbrantes
montones de gavillas,
sobre el gris del terruño, semejantes
a gigantescas piedras amarillas.*

*Humildes, encorvadas
sobre la tierra ardiente, largas horas
permanecen, buscando en sus azadas
un firme apoyo las espiadoras.
Pacientes, afanosas, como hormigas,
han de formar un hacecillo escaso,
cogiendo una por una las espigas
que el sembrador abandonó a su paso.*

*¡Cuán penosa, en verdad, es su tarea!
pero ellas cantan con los ojos fijos
en el surco... «Volviendo a nuestra aldea
llevaremos el pan a nuestros hijos».
Y en alas de este dulce pensamiento,
ven alejarse el resplandor del día,
porque el amor transforma el sufrimiento
del trabajo más duro en alegría.
Trabajar por amor es ir dejando
una huella de luz en el camino,
y es permitir a Dios vaya forjando,
con su santa bondad, nuestro destino...*

*Ha declinado el sol. De los senderos
surge un dulce revuelo de cantares;
son las espiadoras, los obreros,
que retornan, cantando, a sus hogares.*

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN.

«POR NOSOTROS»

CRISTO murió por nosotros.» (Romanos, V, 8.) Estas palabras encierran la doctrina central del Evangelio. Son tan sencillas, que un niño puede comprenderlas; tan profundas, que los hombres más sabios y más piadosos se han declarado incapaces de sondear todo su significado.

¿Qué quiere decir esa partícula *por*, que enlaza el hecho más grande en la historia del mundo, la muerte de Cristo, con nuestra propia existencia?

¿Quiere decir que Cristo murió *por amor* de nosotros? Quiere decir esto y mucho más.

¿Quiere decir que murió *por culpa* nuestra? También.

¿Quiere decir que murió *en lugar* nuestro? Ciertamente.

Todos estos sentidos tiene la sencilla frase del Apóstol, y aun estos tres sentidos no agotan todas las inescrutables riquezas que encierra.

Por amor de nosotros.

Algunos piensan que este es el principal objeto de la muerte de Cristo. Dios, después de haber manifestado su amor a los hombres de muchas maneras en las obras de la creación y de la Providencia, y en la revelación que nos ha dado de su voluntad, quiso expresar de una vez para siempre su amor de modo que jamás pudiera ponerse en duda. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito.» Dió lo mejor que tenía. Y como una prueba de amor es sufrir con el ser a quien se ama, se identificó con el hombre hasta el punto de sufrir y morir por él. La cruz de Cristo es la prueba inconfundible del amor divino. «El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» Como prueba de amor, mueve y atrae las almas de los hombres.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido, muéveme el ver tu cuerpo tan herido, muéveme tus angustias y tu muerte.

Hermosa como es esta explicación del misterio de la cruz, no satisface a nuestro espíritu. Nuestra conciencia instintiva de la bondad y sabiduría de Dios nos obliga a pensar que una muerte como la de Cristo debe haber sido motivada por una terrible realidad. Esta realidad es el pecado.

Por culpa nuestra.

Cristo murió, no sólo por amor de nosotros, sino por culpa nuestra. En la cruz de Cristo se manifestó, no sólo el amor divino, sino la maldad humana. Fué el pecado de los hombres el que clavó en la cruz las manos y los pies del Hijo de Dios. El poeta lo expresó cuando dijo:

¡Muere! Gemid, humanos.
Todos en él pusisteis vuestras manos.

Una obra como la que llevaron a cabo los que mataron al Autor de la vida sólo pudo realizarse en un mundo malo, completamente depravado. Que Cristo fuera aborrecido, calumniado, perseguido y crucificado, después de haber vivido entre los hombres como el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, demuestra hasta qué punto había el pecado corrompido el corazón humano.

En lugar nuestro.

Pero hay un paso más. No sólo murió por culpa nuestra, sino en lugar nuestro. Su muerte fué un sacrificio, una expiación. «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.» «Por su llaga fuimos nosotros curados.»

Para negar el carácter expiatorio de la muerte de Cristo sería necesario olvidar las profecías y los ritos del Antiguo Testamento, las enseñanzas de los apóstoles, el testimonio de los creyentes y las palabras del mismo Jesucristo. Él dijo que había venido «a dar su vida en rescate por muchos». Él anunció su muerte como el objeto principal de su misión divina; y quiso que el quebrantamiento de su cuerpo y el derramamiento de su sangre fueran perpetuamente recordados como la causa de eterna salud para los hombres: «Mi sangre es derramada por muchos para remisión de los pecados.»

«¿Es impropio de Dios castigar al inocente en lugar del culpable? Lo sería tal vez si el inocente fuera obligado, contra su voluntad, a tomar aquel lugar. Pero Dios, al castigar a su Hijo, ha encontrado una víctima voluntaria, ardiendo en el deseo de sufrir por el hombre pecador. Mas aún: Dios, al castigar a su Hijo, se castiga a sí mismo. Es Dios quien sufre, Dios quien muere, Dios quien paga lo que el pecador debía. ¿Es esto injusticia? ¿No responde más bien a un sentimiento profundo y natural del corazón humano?

Mirad al anciano rey David en la sala de la puerta donde ha recibido la noticia del fin trágico, pero merecido, de su desnaturalizado hijo Absalom, el hijo que había tomado las armas contra su padre. «¡Hijo mío, Absalom! ¿Quién me diera que muriera yo en lugar de ti!» El que puso tales sentimientos en el corazón paternal es nuestro Padre; y lo que David no pudo hacer, Dios ha encontrado la manera de hacerlo, sufriendo en el lugar de sus rebeldes y extraviadas criaturas.

C. A. G.

SUMARIO

«Por nosotros» (C. A. G.). — La educación religiosa (A. Campo). — La vida privada en España (Evangelicus). — Consultorio bíblico (G. Douglas). — A través de la Prensa. Cristianismo (José Francés). — La gloriosa historia de los Valdenses. — De actualidad. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

Este número ha sido revisado por la censura.

La educación religiosa.

Instruye al niño en su carrera: aun cuando fuere viejo, no se apartará de ella. Prov., XXII, 6.

¿Ayudan los colegios evangélicos a la obra de evangelización? Somos muchos los que contestamos afirmativamente. La educación religiosa de los niños es un medio importantísimo para conseguir la tan anhelada evangelización de España. Nada dura tanto en el corazón como lo que se aprende de pequeños.

Pero en esto como en todo, hay quienes piensan lo contrario. Que la educación religiosa de los niños es una cosa secundaria. Que las más de las veces, sólo sirven las escuelas evangélicas para educar hijos de ateos. Y que no tienen razón de existir centros de enseñanza «que no son una ayuda para la obra».

¿Tienen razón los que tal piensan respecto a la educación religiosa de los niños? A nuestro juicio, no. En opinión nuestra, un colegio evangélico es un elemento poderosísimo para la propaganda del Evangelio. Nos lo enseña la palabra de Dios y nos lo confirma la experiencia. Tan necesaria creemos la escuela evangélica, que opinamos no debiera haber capilla sin centro docente.

Sin poner en duda ni mucho menos la importancia que tiene la predicación a los mayores, y admitiendo que pueden realizarse las conversiones fulminantes a la manera de Saulo en el camino de Damasco, creemos que la obra de los pequeños es firme cimiento para una España evangélica futura. No derraméis la buena semilla en el corazón de los niños — decía hace poco un pastor evangélico — y veréis cómo en aquel terreno virgen brotan hierbas extrañas.

¿Pero es que si no tuviese importancia la educación religiosa de los niños, habría en nuestro país tantos y tan suntuosos centros católicos de enseñanza? ¿Acaso hay quien crea que el fin que persiguen los jesuitas con sus grandes colegios es únicamente ganar dinero?

En cuanto a lo de educar hijos de ateos, no sólo no nos parece malo, sino que lo encontramos admirable. ¿Que los padres de los niños no asistan a los cultos? Ya asistirán, si el maestro se lo propone, y no se impacienta demasiado. Quizá cuando menos lo espere. Y aun cuando no asistiera, no es razón que el alma del padre se pierda, para abandonar la del niño.

Si, amigos. El hijo del ateo puede ser un medio eficazísimo para propagar el Evangelio. Ningún mensajero mejor para enviar a su casa el texto elegido. Un versículo repetido por labios infantiles puede conmover a sus familiares.

Una escuela evangélica es siempre una ayuda para la obra. Podrá tardar más tiempo el momento de la siega en esta clase de trabajo. Pero es lo cierto que la educación evangélica siempre da sus frutos.

ALEJANDRO CAMPO

LA VIDA PRIVADA EN ESPAÑA

HACE unos días *El Sol* regalaba a sus lectores con un exquisito trabajo de Ortega y Gasset, donde se establecía un interesante contraste entre Italia y España. Según nuestro pensador, Italia acostumbra a sacrificar la vida y comodidad privada de sus ciudadanos a la vida pública, mientras que el *ethos* o temperamento de España es, precisamente, lo contrario: respetar y proteger la vida y los intereses privados, aunque sea en perjuicio de los públicos.

Otro sagaz ensayista, Eugenio d'Ors, comenta en *ABC* este estudio, diciendo que «conocemos en lo nuestro otra manera de imposición que, con preferir a lo teatral lo recogido, no salva, a pesar de ello, a lo privado de lo comunal». Es una ficha que se le ha «trasapelado» a Ortega y Gasset, y trae «el nombre de la Inquisición por cabecera». Y explica así esta ficha Eugenio d'Ors:

«Basta con el recuerdo del nombre del Santo Tribunal de la Inquisición... lo esencial en el mismo era, había de ser, necesariamente, la coacción. Una coacción llevada a menudo a extremos de singular violencia, a favor de algo que corresponde a un interés público, religioso o nacional, no importa — probablemente, en el caso de lo español, más nacional que religioso —, y en contra de aquellos rincones de lo privado, que ofrecen precisamente la nota más personal e íntima; de aquellos que ya desembocan — así calle pescadora a la anchura del mar — en el dominio puro de la libertad interior, en la fluidez incoercible de la conciencia.»

«Bien lo sabemos; no fué la Inquisición creación indígena, sino traída de fuera. Pero aquí no interesa la cuestión del origen, sino la forma del ejercicio. Y en esto sí que andan todos conformes, partidarios y adversarios, historiadores y psicólogos. En ninguna parte como en España el Santo Oficio llegó a ejercerse con tal aplicación, con tanta y tan continuada intensidad, con tan obstinado hábito de suspicacia, de entrometimiento, vigilancia, fuerza y castigo. En ninguna parte representó con menos ironía, con más dureza, la sujeción de la autonomía personal a la ventaja de los intereses superiores.»

¿Refuta este dato, tan oportunamente aducido, la tesis fundamental de Ortega y Gasset? O sea, ¿respondía la Inquisición al temperamento del pueblo español?

La Historia y la experiencia de cada día nos muestran que no. La Inquisición no se estableció en España sin la protesta de los pueblos. No es que la España de fines de la Edad Media estuviese libre de la obsesión de obtener la unidad en la Iglesia mediante la persecución de los disidentes; pero sí repugnaba la instauración de un Tribunal especial del

corte y los procedimientos del Santo Oficio. La España que estuvo en contra del absolutismo de sus monarcas, lo estuvo también de aquel Tribunal que llegó a ser más poderoso que los monarcas mismos. Aragón fué el reino que más se señaló en uno y otro sentido, y sólo atropellando, más bien arruinando, sus nobilísimas y democráticas instituciones, pudo funcionar allí el Santo Oficio y dominar el absolutismo de los Austrias.

En el *Quijote*, ese espejo de la España de aquellos tiempos y los inmediatamente posteriores, encontramos un reflejo de cómo el natural del pueblo español no acababa de identificarse con la intolerancia, aun viendo a ésta triunfante. Sancho describe al morisco Ricote la despedida que el pueblo hizo a sus familiares cuando la orden del rey les hizo abandonar el pueblo y la patria que llamaban suyos. Dice Ricote a Sancho: «¿Halláste en nuestro lugar cuando se partió del mi mujer, mi hija y cuñado?» «Sí, me hallé, respondió Sancho; séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron a verla cuantos había en el pueblo, y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando y abrazando a todas sus amigas y conocidas, y a cuantos llegaban a verla, y a todos pedía la encomendasen a Dios y a nuestra Señora su madre; y esto con tanto sentimiento, que a mi me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón; y a fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir a quitársela en el camino, pero el miedo de ir contra el mando del rey los detuvo.»

Y aquí está la palabra clave: el «miedo». El Tribunal se impuso en contra de la manera de ser de nuestro pueblo por una especie de «terrorismo» religioso. Los españoles hallaron que toda resistencia era imposible. El movimiento que hubiera podido hacerles desear esta idea, el único que ayudó a otros pueblos a resistir la coacción religiosa, fué aquí ahogado cruelísimamente en sus comienzos, presentándose esto como un gran mérito y triunfo de la Inquisición. Crecióse ésta más y más, y se hizo más y más de «buen tono» cooperar a sus fines. La Nobleza se convirtió en servidora del Santo Oficio, teniéndolo tan a honra como servir a la Realeza. El pueblo soportó y aguantó, y la parte más abyecta de la plebe llegó a entusiasmarse con la nueva institución, que le proporcionaba vistosos cuanto tétricos espectáculos. Al cabo de algún tiempo, el buen sentido hacia el balance de la Santa Inquisición, de la Santa Hermandad y del Honrado Concejo de la Mesta, en el siguiente refrán que ha recordado poco ha Gómez de Baquero:

Dos santas y un honrado
traen el reino acabado.

Aun en la manera de decirlo se ve que

no sin miedo se descarga el pecho de una verdad que pugna por salir.

Y el caso que cita después Eugenio d'Ors, la supervivencia de la Inquisición o del espíritu inquisitorial en la táctica de «hacer la vida imposible» (lo que nosotros hemos llamado la *persecución del alfiler*, en contraste con la persecución de la espada), no prueba sino que un terror de siglos no se elimina fácilmente. No desaparecen de la noche a la mañana los caracteres a quienes va bien hacer de inquisidores, ni menos se borra en el ánimo público la costumbre de sentir miedo, un miedo horrendo, a todo el que se inmiscuye con intención aviesa en nuestra vida religiosa. Un terror ancestral se apodera del español así inspeccionado, como si el más espantoso cortejo de males fuese a seguir cualquier indicio o sospecha de heterodoxia. Muchos no quieren oír otra doctrina que la romana, ante el temor de que la disidente resulte más verdadera y noble que aquélla y sobrevenga el conflicto de conciencia que les robe toda tranquilidad personal y familiar. Pero cuando cada español exterioriza su íntimo sentir, abomina de la esclavitud de conciencia, aboga por la más amplia libertad y, si puede, interpone su influencia para que su vecino inquisidor no lleve adelante sus tenebrosos planes. A esta disposición del pueblo español se debe que la causa evangélica haya ganado entrada en bastantes poblaciones y aun pueblos de España y se haya consolidado en muchos de ellos. Si el pueblo hubiera estado como un solo hombre al lado de la idea inquisitorial, tal cosa hubiera sido imposible. Pero aun resta a la gran masa de personas que aman la libertad religiosa, la magna tarea de hacer prevalecer su criterio, único a tono con la realidad mundial.

EVANGELICUS

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses	4 »
Extranjero: Un año	15 »
Seis meses	8 »
América: Un año	2 dólares
Seis meses	1 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:	
España	6 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero	12 »
América	1,50 dólar
Paquetes de 51 ejemplares en adelante:	
España	5 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero	10 »
América	1 dólar

Las suscripciones de paquetes en España podrán pagarse por trimestres, pero siempre dentro del trimestre respectivo.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

Ayuntamiento de Madrid

CONSULTORIO BIBLICO

En esta sección contestaremos las preguntas que se nos envíen sobre asuntos bíblicos.

Preguntas recibidas.

13. Apocalipsis, 13, 18. El número de la bestia, 666, ¿a quién es aplicable? ¿Representa cualidades o atributos de determinadas personas o sistemas que desde luego no resuelten cristianos? — *Laura Martínez.*

Respuesta.

El número de la bestia, Apocalipsis, 13, 18.

Según un método de interpretación aplicado a este libro, se presentan por sus capítulos 12, 13 y 14, varios presagios del preludio inmediato al juicio final. Estos presagios se pueden repetir, y se repiten, en efecto, de edad en edad. El del 13, 16 y 17, por ejemplo, en su espíritu se repitió en Alemania en la época inmediatamente posterior a la Reforma. En ciertas partes de aquel país, los súbditos tenían que someterse a la religión de sus príncipes. Su religión debía ser la de la región, según el refrán de la época.

En la época de aquellos cristianos que vivían bajo los primeros emperadores romanos, se presentó un presagio en que se veía una manifestación de la lucha eterna entre el espíritu de anticristo y Cristo mismo. Este espíritu, en los días a que nos referimos, se encarnó en personajes que se llaman en el Apocalipsis fieras o bestias; y para que los cristianos pudiesen reconocer estas encarnaciones y los paganos no, se emplean descripciones crípticas, o sea veladas.

En 13, 15, por ejemplo, hay una de estas descripciones veladas, en que algunos ven una referencia a la muerte que sufrían todos aquellos que rehusaron rendir culto a las estatuas del emperador, las cuales se ponían en los sitios públicos; y en los versículos siguientes ven una referencia a lo difícil que era para los cristianos tomar parte en los negocios y oficios ordinarios de la vida por estar estos negocios y oficios siempre entrelazados con ritos paganos, como en los reinados de Nerón y Diocleciano.

Entonces se da en el versículo 18 una indicación de la persona en quien especialmente se iba a encarnar en aquella época el espíritu de anticristo. Para personas de inteligencia perspicaz («el que tiene entendimiento», versículo 18) sería posible entender la referencia. Que cuenten el número de la bestia. Que piensen en este número, y hagan sus cálculos sobre el número 666.

Ahora bien: debemos nosotros acordarnos de que en aquel entonces la numeración arábiga, naturalmente, no había surgido, y las letras del alfabeto tenían que hacer el oficio de números igualmente. Así resulta posible que las letras constitutivas del nombre y apellido de una persona representasen a la vez cierto núme-

ro aritmético. López, por ejemplo, podría representar 85 (13 + 18 + 19 + 6 + 29 = 85), y 85, a su vez, podría ser un modo de representar a López. Pues 666, para una mente ingeniosa, podría ser la representación de varias personas. Para un cristiano hebreo de los días de César Nerón, probablemente indicaría al emperador. En Pompeya se ve hoy día esta inscripción: «Yo amo a aquella cuyo nombre adorable es 547», y *aquella*, sin duda, se diría para sus adentros: «Yo soy el 547. ¿Quién será él?»

Probablemente los creyentes de hoy también tendrán cosas que marcar con un número como el 666. Habrá para ellos ciertas cosas que les serán como indicios de que hay algo malo en la esfera espiritual; es decir, llevarán la marca de la bestia. Un gañán escocés rehusó aceptar un empleo en cierto cortijo, porque, como él decía, la casa no tiene techo. Cuando se empeñaron en pedirle una explicación de su extraña frase, pues el edificio era muy bueno, dijo: «Me he enterado de que en esta casa no hay culto de familia».

¿Qué nos parece a nosotros, los evangélicos de España? ¿Era aquel gañán un fanático, o un hombre que tenía discernimiento? El que escribe opta por la segunda alternativa. El gañán supo contar el número de la bestia.

GUILLERMO DOUGLAS.

A TRAVÉS DE LA PRENSA

En la revista «Nuevo Mundo» hace José Francés un contraste entre el afán de una longevidad indigna y el ejemplo de una vejez noble. Reproducimos la segunda parte del artículo.

William Booth, a quien estos párrafos se refieren, falleció a una edad avanzada, hace unos diez años. Es su hijo Bramwell Booth quien lleva ahora la dirección de la inmensa obra que su padre inició.

CRISTIANISMO

Muéstrese, en ejemplar reproche, la vejez infinitamente hermosa, cristianamente fecunda, henchida del verdadero gozo de crear, de William Booth.

El general Booth es el fundador de *Salvation Army*, la institución que hace medio siglo comenzó a practicar en los barrios populares de Londres su labor idealista.

Están ya lejanos los tiempos heroicos del *Ejército de Salvación*; sus desfiles turbulentos, como de saltabancos en feria, con trajes extravagantes, con charangas inarmónicas, con discursos que la plebe silbaba, reía y escarnecía. William Booth, su esposa y sus ocho hijos — admirable figura la de Catalina Booth, la gran redentora de tantas mujeres! — y varios centenares de entusiastas eran las víctimas propiciatorias de las muchedumbres. Desafiaban a la policía, retaban orgullosos el desdén y las burlas de las clases

elevadas, sorteaban los conflictos frecuentes con entidades de parecidos fines por procedimientos distintos, producían verdaderas batallas en las tabernas, y sufrían evangélicamente los ataques de los borrachos.

Sabían que «una cosa es predicar, y otra es dar trigo». Conocían el aforismo de la *mens sana in corpore sano*. Y por eso no se limitaban a doctrinar los espíritus, sino que alimentaban y lavaban los cuerpos.

Su lema es el de las tres eses: *Soup, Soap, Salvation*. Es decir, la sopa, el jabón, el salvamento del alma.

«Esta organización religiosa — dice *Pierre Hamp*, el novelista de las densas concepciones humanas — daba, por su obra social, una fuerza nueva a la vieja idea de caridad cristiana. De San Francisco de Asís, y de San Vicente de Paúl a William Booth, es la misma voluntad de consagrarse al más desgraciado de los hombres, de anunciar el Evangelio a los que no se atreven a pisar el umbral del templo por tan sucios y degradados que estén; es, sobre todo, no contentarse con salvar su alma, sino cuidarles físicamente, limpiarles, cubrirles, proporcionarles descanso.»

El *Ejército de Salvación* — ejército pacífico, vocinglero y generoso, que se dejaba vencer aparentemente para más perdurables epinicios el día de mañana — amaba los barrios humildes, las conciencias turbias o encallecidas, los miserables resignados ya a la irredención. Las mujeres, los hombres que militaban en las falanges salvacionistas, nada tenían que hacer entre los dichosos, los hartos y los fariseicos. Eran gentes que daban su tiempo, su dinero y sus energías a los que carecían de todo. Poco a poco fueron logrando que se les escuchara, que se les aceptase la oferta de pan y de ideal, sin réditos ni reintegro. Les satisfacía ver limpio un rostro que hallaron torvo y nauseabundo; tersa y sonriente, un alma hendida de dolor, arrugada de odios...

Sus dos hazañas más recientes se han realizado en París: *El Palacio del Pueblo*, de la calle de Cordelières, inaugurado hace varios meses, y donde cada noche encuentran cama y cena cuatrocientos hombres por el precio de un franco veinticinco céntimos, y el *Palacio de la Mujer*.

El Palacio de la Mujer le ha costado al *Ejército de Salvación* 3.500.000 francos. Tiene seis pisos, y ocupa el chaflán entre las calles de Charonne y Faidherbe. En él se pueden alojar ochocientas mujeres, pagando mensualidades modestísimas, que disfrutarán de una existencia holgada, libres de los contactos anuladores, estigmatizadores de la promiscuidad con el vicio y la miseria en los barrios bajos.

Y no es esto sólo. Cada día, los esposos Albin Peyron, con varios generales del *Salvation Army*, en París, van dilatando esta obra admirable de redención social y espiritual. Antes del *Palacio del Pueblo*,

del *Palacio de la Mujer* — ¿se comprende ya en el título el deseo de elevar, de prestigiar los sentimientos y los actos de aquellos a quienes se redime? —, hechos concretos y de parecida eficacia, señalaban la existencia de una protección activa e ilusionada.

Pero fué acaso el día en que se inauguró el *Palacio de la Mujer* cuando, rodeado de sus antiguos oficiales, de las damas con la pámela oscura y el largo velo, característico de las propagandistas feme-

ninas de su ejército, el general William Booth sentiría la emoción más íntima, el convencimiento absoluto del triunfo.

Y una piadosa melancolía invadiría su alma recordando las primeras escaramuzas de su hija Catalina Booth en París, hace cuarenta y cinco años, gritando en pleno bulevar de los Capuchinos su credo de infinito amor a todos, el derecho al pan, al agua y al Paraíso...

JOSÉ FRANCÉS

La historia gloriosa de los Valdenses

HAY unos quince mil valdenses de habla castellana agrupados en diferentes colonias en Uruguay y la República Argentina. Son hijos y nietos de cristianos valdenses emigrados a Sudamérica desde las aldeas que pueblan los Valles, que sus antepasados han hecho famosos como nido de un pueblo fiel al Evangelio y amantísimo de su tierra natal. Para los Valdenses nacidos y criados en tierras sudamericanas, que van perdiendo gradualmente el uso de la lengua italiana, dos pastores de aquella iglesia han traducido la interesantísima historia escrita en italiano por el profesor Ernesto Comba (1). Lo ha hecho, como dice en el prólogo, «animados por un doble deseo: de difundirla y hacerla conocer a los valdenses de habla castellana, y de reafirmar los vínculos de simpatía y de aprecio que deben unirnos a nuestro pueblo de los Valles».

No sólo aquellos quince mil valdenses, sino todos los cristianos evangélicos de habla española, debemos alegrarnos de poder leer en nuestro idioma una historia tan gloriosa y heroica como la de aquel pueblo que ha sido llamado «el Israel de los Alpes», y cuya preservación hasta nuestros días, a través de tantas persecuciones, matanzas y destierros, es una prueba admirable de la protección divina velando sobre sus destinos.

Un pueblo evangélico antes de la Reforma.

Los que afirman que el Cristianismo evangélico es invención de Lutero y de Calvino, deben estudiar a un pueblo como el Valdense que, desde los comienzos del siglo XIII, si no antes, mantuvo en medio de las doctrinas y prácticas de la Iglesia de Roma, al parecer universalmente aceptadas, ideas y principios que contenían en germen todo lo que después había de triunfar en la gran Reforma del siglo XVI.

En los Valles del Piamonte vinieron a encontrarse varias corrientes que en el

transcurso de la Edad Media habían surgido acá y allá en favor de un Cristianismo purificado de errores, de ambiciones terrenas y de corrupciones humanas. De estas corrientes, la más poderosa fué la representada por los *Pobres de Lyon*, los discípulos de Pedro Waldo, que, condenados por la Iglesia, se habían esparcido por diferentes países huyendo de la persecución desatada contra ellos por los Pontífices romanos y los Reyes de Francia. Algunos fueron tan lejos como Bohemia y otros países del centro de Europa; pero muchos de ellos encontraron un refugio natural en los escondidos valles de los Alpes Crocianos, cuya población los acogió con simpatía, porque ya en aquellas montañas reinaba un tipo de religión menos supersticiosa e idolátrica que en el resto de Italia.

La autoridad soberana de la palabra de Dios era el principio fundamental de la fe y de la vida de los Valdenses. Pedro Waldo había empezado su obra dando a los pobres pan y el Evangelio, traducido en lengua vulgar; y los Valdenses se distinguieron siempre por su amor a las Sagradas Escrituras. Un inquisidor declara haber visto aldeanos valdenses que sabían de memoria casi todo el Evangelio de San Mateo y el de San Lucas, sobre todo los discursos del Señor.

Sus pastores, llamados «barbas», iban por las aldeas y por los castillos de dos en dos, adoptando el traje y el oficio aparente de vendedores ambulantes, para burlar la vigilancia de sus enemigos. Un inquisidor describe así los trabajos de estos hombres arrojados:

«El mercader llega al castillo; después de haber exhibido a las damas anillos, velos y otros adornos, y al personal de servicio sus mercancías más ordinarias, agrega: «Tendría, además, joyas bellísimas y muy preciosas... pero ¡no habrá de traicionarme!» Tranquilizado, prosigue: «Tengo una joya tan brillante que, por su virtud, todo hombre llega a conocer a Dios. Y tengo también otra tan fulgente que enciende el amor de Dios en todo aquel que la posee. Hablo así en lenguaje figurado; pero lo que digo es la purísima verdad.» Y allí, ante un auditorio atento y vivamente interesado, nuestro mercader se pone a recitar sentencias del Evangelio...»

Otro inquisidor hace la siguiente pintura de sus costumbres:

«Ordenados, modestos, sencillos en sus vestidos, que son de paño ni lujoso ni burdo. Viven del trabajo de sus manos; sus «maestros» mismos son tejedores o zapateros; se conforman con lo necesario. Son castos, sobrios; no frecuentan las tabernas ni los bailes... Asiduos al trabajo, encuentran, sin embargo, tiempo para estudiar y enseñar...»

Para comprender cómo un inquisidor pudiese escribir de esta manera — dice el autor de la historia a que nos referimos — hay que tener presente que su relato no estaba destinado al público, sino sólo a los agentes de la policía eclesiástica.

Los Valdenses y la Reforma.

Con tal amor a la Palabra de Dios y con el principio de la autoridad soberana de las Sagradas Escrituras en materia de fe, los Valdenses estaban naturalmente preparados para adherirse al poderoso movimiento reformador que se produjo en Europa al comenzar el siglo XVI. El eco de la voz de Lutero en Alemania, y de Zwinglio en Suiza, no tardó en llegar al Piamonte, y los Valdenses se pusieron al habla con los caudillos de la Reforma, los cuales los recibieron con los brazos abiertos. «Damos gracias a Dios — les dijeron —, porque no obstante las densas tinieblas que os circundan, habéis guardado el conocimiento y el amor a la verdad. Nosotros reconocemos que Cristo está en vosotros, y por eso os amamos como a hermanos.»

El 12 de Octubre de 1552 se celebró en el valle de Agroña el sínodo de Chanforán, que debía decidir el trascendental asunto de la adhesión de los Valdenses a la Reforma. Además de los Barbas, en su totalidad, concurren en tan gran número los fieles, aun de muy lejos, que la Asamblea tuvo que celebrarse al aire libre a la sombra de los magníficos castaños. De Suiza habían venido, en representación de la Iglesia Reformada, Guillermo Farel, Antonio Saunier y Pedro Robert, primo este último de Calvino.

Farel, hombre ferviente, de mirada de fuego y voz tonante, palabra clara y persuasiva, llevó la parte principal de las discusiones. Hubo algunos que se opusieron, al principio, a algunas de las innovaciones que los reformadores pedían; pero después de la votación, favorable a la adhesión, los más conservadores, excepto dos, acabaron por plegarse al parecer de la mayoría.

Uno de los acuerdos del sínodo de Chanforán fué la publicación de una versión francesa de la Biblia, y los Valdenses, de su profunda pobreza, costearon la impresión de aquella Biblia, llamada de Olivetan, sobrenombre de Pedro Robert, el primo de Juan Calvino, por ser él quien hizo la traducción, fechando la dedicatoria de la Biblia en los Alpes, 12 de Febrero de 1535.

En el prefacio, dirigiéndose a la Iglesia Cristiana en general, dice el traductor:

(1) HISTORIA DE LOS VALDENSES. Versión española por Levy Tron y Daniel Bonjour Dalmas. Buenos Aires, 288 páginas con muchas ilustraciones. En rústica, 7 pesetas. En tela, 9 pesetas.

«El pueblo que te dona este presente ha sido puesto al margen por más de trescientos años e incomunicado de ti. Ha sido reputado el más malvado que jamás ha existido. Las gentes se sirven aún de su nombre como vituperio. No obstante, ése es el pueblo verdadero, paciente, que con fe y caridad vence en silencio todo ataque. ¿No le reconoces? Es tu hermano, que, como José, no puede resistir más al deseo de darse a conocer.»

La incorporación de los Valdenses a la Reforma, lejos de asegurarles una era de paz, fué para ellos el comienzo de crueles persecuciones que, con breves intervalos de relativa tranquilidad, los martirizaron durante dos siglos. La vida secreta que hasta cierto punto habían llevado antes, no fué ya posible desde el momento que tuvieron sus templos, su culto público y sus pastores públicamente conocidos. Muchos de éstos se preparaban en Ginebra, sabiendo que entraban por un camino que conducía al martirio. «Es increíble — escribía Calvino — el arrojo y el celo con que nuestros jóvenes se consagran al progreso del Evangelio. Piden alistarse al servicio de la Iglesia, bajo la cruz, con la misma avidez que arrastra a otros a solicitar beneficios del Papa...»

Las Pascuas piamontesas.

Entre otras horribles matanzas, se destaca, por el ensañamiento y crueldad que la acompañaron, la llevada a cabo por el marqués de Pianezza, en Abril de 1655, llamada «las Pascuas piamontesas». El despiadado caudillo, cuyos primeros ataques habían sido rechazados por los Valdenses, consiguió ganarse la confianza de éstos pidiéndoles que alojaran en sus casas por algunos días las tropas a sus órdenes, asegurándoles que respetarían las vidas y haciendas de todos. Pero la víspera de la Pascua, antes de que aclarase el alba, una fogata encendida sobre las ruinas del castillo de la Torre dió la señal para una matanza general de Valdenses, hombres, mujeres, ancianos y niños, que perecieron a millares en medio de los más horribles ultrajes y martirios.

La Europa entera se conmovió al tener noticia de aquella infame matanza. En Inglaterra, Oliverio Cromwell ordenó un ayuno general, abrió una suscripción pública e incitó a los gobiernos protestantes a intervenir. El poeta Milton era secretario del gran Protector, y escribió un soneto que se leyó por todas partes, y que nuestro poeta evangélico Carlos Araujo ha traducido así:

Venga, Señor, la muerte de tus santos;
sus huesos por los Alpes esparcidos
muestran que fueron fieles decididos,
teniendo en derredor ídolos tantos.

No olvides de tus siervos los quebrantos;
madres con hijos viste confundidos
rodando por las rocas; sus gemidos
recuerda con el eco de sus llantos.

Haz la sangre y cenizas de creyentes,
en Italia por Papas oprimida,
semilla de evangélicos fervientes.

Que tengan tu verdad bien aprendida,
y la extiendan, logrando que las gentes
salgan de Babilonia corrompida.

Pero no vamos a hacer un resumen de esta historia admirable de los Valdenses. Después de siglos de sufrimientos y de sacrificios, el día de la liberación sonó. Su rey, Carlos Alberto, de la Casa de Saboya, a la cual los Valdenses habían sido siempre, a pesar de las persecuciones, fidelísimos súbditos, dió, en el año 1848, el famoso edicto de emancipación que provocó una explosión de alegría y de entusiasmo en aquellos valles tantas veces

regados con la sangre de los mártires. Desde entonces los Valdenses han ido ensanchando su acción y su influencia por toda la nación, que tanto aman, y hoy día son una fuerza respetada y reconocida, no sólo por las autoridades, que en varias ocasiones han honrado con distinciones a sus personalidades más notables, sino por el pueblo en general, que ve en los Valdenses hijos nobles y leales de Italia.

DE ACTUALIDAD

Religión y ciencia.

No hay que pedir a la ciencia lo que la ciencia no puede dar. Ella observa los hechos, mide ciertas magnitudes, formula leyes más o menos aproximadas; es todo lo que hace, y aun en ello no obtiene sino un éxito imperfecto. La ley de la gravitación, por ejemplo, considerada por mucho tiempo como intangible, no inspira ya la misma confianza...

«La ciencia no adivina por qué existe el mundo, de dónde viene ni adónde va. Las ideas del bien y del mal le son completamente extrañas. Como ha dicho Poincaré, conoce el indicativo, pero ignora el imperativo, y de ahí resulta su impotencia para fundar una moral cualquiera.

«Donde acaba el imperio de la ciencia, empieza el de la creencia. Los dos dominios son netamente distintos, de modo que es imposible admitir ninguna oposición entre la verdad científica y el sentimiento religioso. El verdadero sabio no vacila en confesar que sus métodos no bastan para dar satisfacción a todas las aspiraciones del alma humana, y repite de buen grado el célebre dicho de Pascal: «El corazón tiene sus razones que la razón no conoce.»

Así ha escrito M. Lecornu, inspector general de Minas, miembro de la Academia de Ciencias de Francia y una autoridad en Mecánica. Sus palabras forman parte de la respuesta que ha dado a una encuesta hecha recientemente por *Le Figaro*, en la cual han tomado parte físicos, químicos y biólogos notables, acerca del debatido tema de las relaciones entre religión y la ciencia. La respuesta citada viene a representar el tono predominante en las demás, un tono de respetuosa actitud hacia la fe religiosa, cuando no de abierta simpatía con ella.

Las relaciones entre la religión y la ciencia han sido de franca hostilidad en algunos tiempos; de prevención y sospecha, en otros; rara vez de inteligencia y armonía. No por culpa de la religión ni de la ciencia, sino de sus respectivos representantes. Los llamados conflictos de la ciencia y de la fe han sido conflictos de

ideas defendidas en nombre de la religión o en nombre de la ciencia cuando no pertenecían propiamente a una o a otra. No fué la religión, sino la Iglesia de Roma, la que exigió a Galileo la abjuración; ni es la ciencia, sino algunos fanáticos materialistas, los que han pretendido apagar las luces que durante siglos han guiado a los hombres en el camino de su destino eterno.

La ciencia tiene mucho que perdonar a los representantes de la religión, y la religión ha perdonado y perdonará mucho a los representantes de la ciencia; y a medida que una y otra reconozcan sus respectivas esferas y sus respectivos fines, se irán haciendo más cordiales sus relaciones.

La encuesta de *Le Figaro* marca un notable cambio en la actitud general de los hombres de ciencia de cincuenta años a esta parte, cambio que era tal vez más visible en países de tradición protestante como Inglaterra, donde hombres de la talla de lord Kelvin y sir Oliver Loldge han hecho a menudo declaraciones de fe religiosa, pero que se manifiesta también en Francia y en todos los países cultos.

Es digno de notarse que este cambio de actitud ha venido precisamente cuando la ciencia está haciendo sus mayores conquistas, como si precisamente estos avances la hubieran dado su convencimiento más profundo de sus limitaciones. «Para que la ciencia nos prohibiera creer — dice en la misma encuesta M. G. Clau-de, eminente físico —, sería necesario que ella, tan poderosa desde otros puntos de vista, fuera capaz de dominar todo lo desconocido, todo el misterio que nos rodea. ¡Cuán lejos se reconoce de poder hacerlo! ¡Asombroso concepto de lo infinito, imposibilidad de remontarse a las causas primeras, la misma existencia y armonía de las cosas, misterios del pensamiento y de la vida, misterios por todas partes, ¡qué razones para que ella proclame su ignorancia!... Así, escuela de humildad más bien que de orgullo, la ciencia deja a cada uno el derecho de creer o no creer, y el deber de respetar las convicciones de otro.»

«Grandes espíritus científicos — dice monsieur Urbain, profesor de la Sorbo-

na —ha conocido por experiencia el sentimiento religioso. Pascal, Pasteur... Espíritu científico y sentimiento religioso no son, pues, incompatibles.»

Nada tiene que temer de la verdadera religión la ciencia, ni de la verdadera ciencia la religión. Ambas son dones de Dios al hombre para su bien en este mundo y para su felicidad eterna. Cuanto más elevadas y nobles sean, más se aproximarán y comprenderán. No por la sujeción de una a otra, sino por la armonía y colaboración de una con otra, podrán llegar a una completa reconciliación y reconocer cuán equivocadamente se han tenido por enemigas.

La visita del Sultán.

¡Qué envidia tan grande me inspira la nación hermana! ¡Con cuánta alegría vería yo en Madrid al Sultán de Marruecos!

Me gustaría verle entrar por el paseo del Prado, con su majestuosa guardia negra. Me gustaría presenciar la inauguración de una gran mezquita en la plaza de España. Una mezquita espléndida, que costara siquiera ocho millones de pesetas. Dinero de los pueblos mahometanos, auxiliado también por el Gobierno español y por el Municipio madrileño. Mezquita con filigranas del más puro arábigo, con sillón para el director de preces, lámparas votivas, gran patio de abluciones, sala de oraciones, hospedería, etc.

Todo esto quisiera verlo en Madrid. No precisamente por la mezquita, sino por lo que significaría una mezquita en plena plaza de España, o en cualquier otro punto importante de la capital. No significaría que nos africanizáramos, sino todo lo contrario: que nos poniáramos a tono con Europa y América, que respiráramos ya un ambiente de civilización positiva.

Por desgracia, están lejos todavía los tiempos de tanto progreso. Recordemos la consagración de la capilla protestante de la colonia inglesa, en el barrio de Salamanca. Recordemos los vergonzosos artículos de la «buena Prensa» de aquellos días. Y si tales protestas produjo la construcción de un templo cristiano, muy cristiano, ¿cuáles serían con motivo de una mezquita? Aunque es muy posible que Roma tenga más aversión a nosotros que a los musulmanes.

Es, como español, que yo deseo una mezquita, por patriotismo. Como demostración de un amplio espíritu de libertad religiosa, característico de los pueblos adelantados, de un grandísimo respeto a la libertad de conciencia. Desgraciadamente no es así. Dos pueblos eran antes de la guerra los últimos baluartes, en Europa, de la intolerancia: Austria y España. Ahora ya no queda más que uno: nosotros.

¡Que Dios arranque la venda que ciega a nuestras clases directoras, y los ejemplos de Estocolmo, Chicago, Londres y París sean precursores de digna imitación en nuestra patria.

L. V.

Textos artísticos de pared.

IMPRESOS EN LETRAS DE RELIEVE PLATEADAS
Y ADORNADOS CON ARTÍSTICOS DIBUJOS EN
COLORES FINOS, DE FLORES O PAISAJES

Tamaños, estilo y versículos se describen a continuación:

Núm. 603.—Paisajes, 25 × 20 cm., altos. Cada texto: 1,25 pesetas.

«La paga del pecado es muerte.» — *Rom.*, 6, 23.

«La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús.» — *Rom.*, 6, 23.

Núm. 302.—Marinas, 20 × 14 cm., altos. Cada texto: 0,85 pesetas.

«No hay paz para los malos, dijo Jehová.» — *Is.*, 44, 22.

«Toda palabra de Dios es limpia.» — *Prov.*, 30, 5.

Núm. 200.—Flores, 20 × 12 cm., altos. Cada texto: 0,75 pesetas.

«El que me ama, mi palabra guardará.» — *Juan*, 14, 23.

«Acuérdate de tu Criador.» — *Ecl.*, 12, 3.

Serie A.—Flores, apaisados, 26 × 21 cm. Cada texto: 2 pesetas.

«Bendice, alma mía, a Jehová y no olvides ninguno de sus beneficios.» — *Sal.*, 103, 2.

«Solamente converséis como es digno del Evangelio de Cristo.»

Filipenses, 1, 27.

«Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo.» — *Gál.*, 6, 2.

«Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.» — *Sal.*, 46, 1.

Serie B.—Flores, altos, 26 × 31 cm. Cada texto: 2 pesetas.

«Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.» — *Gál.*, 6, 2.

«Echando toda vuestra solicitud en Él, porque Él tiene cuidado de vosotros.» — *1.ª Ped.*, 5, 7.

«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá.» — *Juan*, 11, 25.

«Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os haré descansar.» — *Mat.*, 11, 28.

Sociedad de Publicaciones Religiosas.

Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

El sueldo del Clero en Checoslovaquia.

Según leemos en la Prensa de gran circulación, la ley votada últimamente referente al sueldo mínimo de los ministros de cultos reconocidos lo fija en 9.000 coronas, que pueden elevarse hasta 18.780 después de treinta años de servicios, y diez ascensos de 972 coronas cada uno.

Los eclesiásticos no católicos recibirán además una indemnización anual que oscila entre 1.224 y 1.800 coronas en caso de tener hijos.

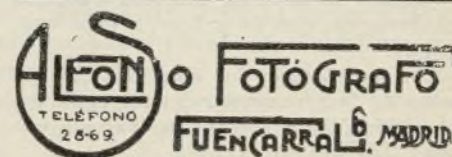
Las viudas de los eclesiásticos no católicos tienen derecho a una pensión.

He aquí un pequeño país que está dando al mundo grandes lecciones en los asuntos religiosos.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

Una mujer previsora.

Un día fui a una casa, al Este de Londres, a preguntar por la familia de un obrero. El marido estaba ausente; pero la mujer, que se encontraba allí, me persuadió durante la conversación del grande interés que tenía en el bienestar espiritual de aquél. Mientras hablaba, me condujo a uno de los extremos de la habitación para que viese algunos pasajes de la Sagrada Escritura que había colocado encima de un lavabo. Llegados allí, me dijo muy entusiasmada: «Como usted ve, mi marido no puede lavarse sin leer necesariamente la Palabra de Dios».



Ayuntamiento de Madrid

Esfuerzo Cristiano

Cómo vencer la cobardía.

Dom. 1.º de Agosto. Juan, 18, 15-27.

Lecturas diarias.

Lunes . . . Raíz de la cobardía. . . Is., 51, 12 y 13.
Martes . . . Gigantes en el camino. . . Núm., 12, 26-33.
Miércoles . . . Vergüenza. . . Mat., 26, 69-75.
Jueves . . . Seguridad primero. . . 2.º Sam., 15, 13-23.
Viernes . . . Maldición. . . Luc., 12, 1-3.
Sábado . . . Temiendo al hombre. . . Prov., 29, 95.

Sugestiones preliminares.

La cobardía es una enfermedad del alma que se cura con la confianza en Dios y con la convicción de que Dios es más poderoso que los hombres. El mayor mal que nos pueden hacer los hombres es quitarnos la vida temporal, pero inmediatamente Dios nos da una vida eterna.

Por cobardía podemos dejar que subsista un mal o que triunfe una sinrazón, una injusticia, o podemos impedir que nuestros semejantes alcancen algún beneficio.

El cobarde es incapaz de defender el Evangelio; teme la burla, la crítica, el ridículo o la persecución. Es verdad que estas cosas pueden venir; pero no siempre vienen, y aunque vengan, el cristiano las sufre con gozo, teniendo conciencia de que defiende la mejor de las causas.

Ilustraciones.

El guerrero tiene a honra ser herido en el pecho y no en la espalda. Si el mundo nos ha de herir, que nos hiera por delante.

La cobardía es un mal que puede ser curado. Cuéntase que un general cuando empezó su carrera militar se desmayó la primera vez que oyó el silbido de las balas. Pero esto no le impidió ser después un valiente.

El cobarde, entre los griegos, no encontraba una joven que lo aceptara por esposo. Cristo tampoco reconocerá por suyo al «que no lidiase legítimamente».

Temas para pensar.

¿Cómo podemos vencer nuestra cobardía? ¿En qué estriba el peligro de nuestra cobardía? ¿Cómo podremos crecer en valor? ¿A quién debemos temer?

Pensamientos.

Si nos habituamos a defender el Evangelio cada vez que la ocasión se presenta con las buenas razones que seamos capaces de aducir, observaremos que cada día tendremos más valor y aptitud para esta defensa, y nuestras palabras serán como armas cada vez más poderosas o más bien templadas.

La cobardía desaparece cuando tenemos la plena confianza en la victoria, y esa plena confianza es patrimonio de todo el que se apropia, por la fe, las promesas de Cristo. Como Él venció al mundo y a Satanás y al pecado, también nosotros venceremos, con su gracia, a esos enemigos.

Los temerosos y los cobardes estarán fuera de la Jerusalén celestial, como los homicidas, los abominables, los mentirosos. . . (Ap., 21, 8).

Sociedades infantiles.

Lecciones de confianza.

Dom. 1.º de Agosto. Dan., 3, 16-28.

Tenemos muchas razones para tener completa confianza en Dios. Sabemos que quien confía en Él recibe su ayuda (Salmo, 14, 6); halla piedad (Sal., 32, 10); no teme (Sal., 112, 7); es feliz (Prov., 16, 20), y espera a los que en Él confían bienes que el mundo no puede ofrecer. El gran Maestro, por el cual podemos aprender cómo poner en Dios nuestra confianza, es el mismo Jesús, nuestro Salvador. Y recordemos que son «bienaventurados todos los que en Él confían» (Sal., 2, 12).

Escuela Dominical

El paso del Mar Rojo.

1 de Agosto.

Ex., 13, 17-22.

Ex., 14, 10-16.

TEXTO AUREO: *Jehová es mi fortaleza y mi canción, y hame sido por salud.* — Ez., 15, 2.

I. *La ruta de los israelitas.* — Seiscientos mil hombres que podían llevar armas, lo cual implica una población total de dos millones de almas, contando mujeres y niños, emprendieron la marcha para salir de Egipto la noche de la Pascua. El primer lugar que se menciona en su viaje es Succoth, que fué probablemente el lugar donde se reunió todo el pueblo. De allí partieron a Etham, «a la entrada del desierto», que separa a Egipto de Palestina.

El camino más directo hubiera sido el «de la tierra de los Filisteos, que estaba cerca» (cap. 13, 17). Pero el pueblo, recién salido de la esclavitud, no estaba preparado para emprender inmediatamente la guerra contra un pueblo marcial y bien organizado. Por eso, Dios prefirió hacerlos rodear por «el camino del Mar Bermejo». En Etham apareció por primera vez la columna de nube y de fuego, que ya no había de dejarlos en todo el viaje. Era un símbolo de la presencia de Dios, que daba sombra de día y luz de noche. Guiados por ella, los israelitas siguieron un camino que ningún caudillo medianamente inteligente hubiera tomado, y que Moisés tomó porque Dios lo mandaba de una manera terminante (vers. 2).

II. *Faraón persigue a los fugitivos.* — Entre tanto, había pasado tiempo suficiente para que Faraón y todo el pueblo tributasen a los muertos los pomposos honores fúnebres que tanta importancia tenían en Egipto, y también para que se echase de menos la presencia de tantos millares de esclavos en las obras públicas. El rey se dió cuenta de que «el pueblo huía»; no marchaba solamente por unos pocos días para ofrecer sacrificios, sino que dejaba la tierra de Egipto para siempre. Y al tener noticia de la ruta que seguían, creyó que los mismos hijos de Israel se metían por ignorancia en un encierro, de donde les sería imposible escapar. Escogió la flor de su ejército, cuya fuerza principal estaba en los famosos carros de guerra.

Temible era aquel ejército para cualquier pueblo; mucho más para un pueblo sin preparación guerrera, y que llevaba consigo sus mujeres y sus niños.

III. *Jehová alienta a su pueblo.* — Nunca se vió un pueblo en trance tan apurado. Delante de ellos, el mar; a derecha e izquierda, montañas; detrás, el ejército egipcio. No había más que un camino abierto: el camino a Dios. Pero el pueblo no tenía fe, y comenzó a reprochar duramente a Moisés por haberlos sacado de Egipto. La respuesta de Moisés nos revela la gran fe de aquel caudillo. No eran ellos los que habían sacudido el yugo de Egipto, sino Dios quien los había sacado de la esclavitud. Dios los salvaría sin que ellos lucharan para defenderse.

Y, sin embargo, para el mismo Moisés debió ser un tiempo de gran ansiedad y conflicto. «¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel *que marchen.*» Llega un momento en que seguir orando demostraría falta de fe; es necesario *marchar adelante*, en la seguridad de que Dios abre camino en medio de las mayores dificultades.

IV. *Atravesando el Mar Rojo.* — Dios se vale de los elementos naturales para realizar sus obras sobrenaturales. Lo que sucedió aquella noche en el Mar Rojo ha podido suceder otras veces de un modo natural. M. de Lesseps, el director de las obras del Canal de Suez, da testimonio de haber visto partes del Mar Rojo casi secas por la acción de las tempestades y de los vientos. Pero la venida del viento en tiempo oportuno, obedeciendo a la vara de Moisés, es un hecho tan milagroso como lo sería la separación de las aguas sin intervención de ninguna causa material.

La historia no tiene escena más pintoresca que esta marcha, en una noche tempestuosa, por medio del mar. En aquella noche pasaron los israelitas del África al Asia; de ser un pueblo esclavo a ser una nación independiente, con un gran porvenir.

Los egipcios no comprendieron que estaban dentro del mar hasta que la arena comenzó a ceder bajo las ruedas de sus carros, y los caballos no podían seguir. Cuando la claridad de la mañana les permitió ver y pensaron huir, ya no había remedio. Las aguas volvieron con fuerza y los sepultaron. Egipto supo que Jehová era Dios. Como canta Herrera:

«Tú rompiste las fuerzas y la dura frente de Faraón, feroz guerrero; sus escogidos príncipes cubrieron los abismos del mar, y descendieron cual piedra en lo profundo, y tu ira luego los tragó, como arista seca el fuego.»

Iglesia Evangélica Española de Nueva York

120 East, 116 Street. New-York.

Pastor:

Rdo. Manuel Figueroa.

Si va usted a Nueva York, escriba al pastor, que le atenderá solicito.